Cuando soy niño

Diego Sobrevilla Moncayo

Image not found.

Capítulo 1

Mi corazón late rápido y fuerte. Como el de un niño. Los médicos lo llaman taquicardia y dicen que a veces es buena y a veces es mala. Lo más importante es lo que sentimos cuando lo experimentamos. No te puedo decir lo que es, porque lo tienes que vivir. Es uno de los secretos más profundos de la vida.

Cuando somos niños, antes de crecer y guardarnos bajo llave, descubrimos maravillas en el tiempo y el suelo. En el agua y el cielo. O, tal vez, el cielo, el agua, el suelo y el tiempo se maravillan con lo perfectos que somos y tratan de hablar con nosotros. A cambio ellos reciben un saludo, una sonrisa y un beso.

Sin embargo, en algún momento nuestros ojos cambian, los oídos se cierran, la nariz crece, la lengua se hincha y nuestra piel se hace gruesa. No comprendemos por qué somos niños y nuestro corazón se hace pequeño.

¿Quieres saber un secreto? Yo sé por qué.

Nos mecemos en la cuna de la vida y crecemos siendo acariciados, abrazados por el aire, besados por el agua y contemplados por los ojos del tiempo. Somos muy afortunados hasta que llega ese momento, que nunca recordamos, que cambia nuestra vida para siempre.

Aprendemos a caminar y nos convertimos en exploradores. No creo que exista mejor manera de describirlo: somos unos cazarrecompensas. Y nos caemos de la cuna. Y nos perdemos en el camino.

Descubrimos el miedo, pero como criaturas perfectas que somos, criados bajo los brazos más nobles que jamás conoceremos, lo aceptamos. Tomamos su mano.

Descubrimos un objeto del vicio y lo estudiamos. Impresionados de lo que vemos, ahora somos dueños del tiempo, sepultamos el suelo, hacemos del aire una prisión y del agua veneno.

No lo había mencionado antes, pero somos inocentes. Somos tontos. Y el aprendiz se convierte en el maestro. Entonces llega ese momento. Vivimos llenos de miedo. Nuestros ojos asesinan, nuestras palabras laceran, nuestros oídos rechazan, y nuestra piel sufre tanto que nuestra nariz le ayuda a demostrar qué tan perdidos estamos. No comprendemos por qué somos niños y nuestro corazón se hace pequeño.

En realidad no sabemos hablar, ni escuchar. Mucho menos contemplar, así como te observo ahorita. Nos hemos caído y cruzamos un sendero que

sabemos que debimos esquivar. Y aun así, aprendemos a aprender.

Existe, a pesar de todo, algo que siento. Que todos sentimos. Unos más que otros. Otros más que yo. Algo que no sabía que existía y que los médicos dicen que a veces es malo y a veces es bueno. Estoy sintiendo. Todos lo hacemos.

Ahora estoy aquí hablando contigo. Tal vez aún eres ciego, tal vez sí estás conmigo. Tal vez sigo aprendiendo. Y no sé por qué tanta palabra, cuando lo único que quiero decirte, después de haber caminado tanto, después de haber ganado y después de haber perdido: es que te quiero. Es todo lo que he aprendido.